



Don Jacinto Benavente,
según Vázquez de Sola.

mundo é güeno", todo lo vence el "amor" y la "amistad". Ahí está la trampa, que no nos hace la maldita gracia. F. L.

TEATRO

A propósito de un nuevo montaje de "La Malquerida"

Cuando hablamos de nuestros clásicos aquí nos referimos siempre a los escritores del barroco. Sobre los autores de los siglos posteriores, pese al innegable interés de muchos de ellos y a que sus textos se editan y se estudian en el marco de la "formación literaria", la escena rarísima vez se pronuncia. Si, además, advertimos que los montajes de autores del pasado —del Siglo de Oro o de después; de España o de otro lugar— se hacen, en una abrumadora mayoría de los casos, con el paternalismo culturalista que aquí rodea a las subvenciones oficiales, llegaremos a conclusiones inquietantes. Se diría que somos una colectividad convencida de la inutilidad de nuestra Historia, de lo estéril de cualquier encuentro con las obras dramáticas que encarnan los conflictos y las actitudes estéticas del pasado. Si utilizáramos el teatro como baremo —sin olvidar, claro, qué clase social es la que está en condiciones materiales de sostenerlo—, nos

definiríamos como una sociedad "estrenista", dispuesta a congregarse ante el "último éxito" importado o el autor nacional de "moda", pero poco propicia al encuentro tanto con los dramaturgos del pasado como con aquellos otros que, siendo de nuestros días, no han alcanzado la "consagración". La razón para ir a un teatro sería "la moda" o la esperanza de una "gratificación cultural". Lo que quizá nos permitiría concluir que esa desatención de nuestra burguesía —grupo social de donde proceden los espectadores— hacia el gran teatro del pasado, es decir esa incapacidad para descubrir su vigencia, entraña una falta de conciencia histórica.

La paradoja sería que encuadrados en un país —o, si se quiere, en un Estado— cargado de pasado, constituiríamos una comunidad muy poco interesada por él, tal y como apuntaba Francisco Nieva al señalar la imposibilidad de hacer "de las nuevas interpretaciones de la Historia" un arma combativa, dado el general desconocimiento de las antiguas.

Una explicación, quizá demagógica, del fenómeno sería que el español medio está "harto de su Historia", que la identifica con las formas de la represión, rechazando cualquier manifestación que pudiera magnificarla.

Es seguro que en esa explicación hay una buena dosis de verdad. El teatro español ha solido contener una carga ideológica que se opone a muchas de las preocupaciones democráticas de nuestra hora, tanto en el tratamiento de instituciones y comportamientos como en la simple concepción del Estado. Pero tal explicación no es del

tudo satisfactoria: primero, porque el amplio censo reaccionario del país debiera apoyar la representación de un teatro de tales características; segundo, porque el teatro no ha hecho más que recoger la "situación histórica", poniendo ante la mirada crítica de nuestros días tanto las ideas y mecanismos autocráticos, como la entidad —generalmente manipulada, pero "restituible" desde una visión materialista de la Historia— de las fuerzas que se oponían a cualquier forma de absolutismo; y, tercero, porque, más allá del marco español, existe una dramaturgia que aclara con extraordinaria lucidez el proceso de creación y desgaste de la burguesía a lo largo de los dos últimos siglos.

Si repasáramos la lista de los llamados "clásicos contemporáneos" que se representan en el mundo, nos encontraríamos con una lista —Chejov, Strindberg, Pirandello, Beckett, Gorki, Brecht, Ionesco, García Lorca, etcétera— repetida en numerosos países, con la adición en cada lugar de aquellos que poseen un específico interés nacional. La norma sería, en este punto, inflexible: habría una relación directa entre el rigor del teatro de un país, y por tanto también de su vanguardia, y su interés por la representación de sus autores del pasado. Polonia, Inglaterra, Alemania y aun Francia serían el ejemplo. Allí las reposiciones —a menudo en salas de repertorio— constituyen una parte medular de la vida teatral. Aquí, en cambio, sólo Lorca y Valle-Inclán parecen pesar sobre ciertos sectores con categoría de "clásicos contemporáneos". Y ello por la concurrencia de factores muy especiales. En el caso de Federico, su asesinato; en el de Valle, porque, de hecho, ha sido como estrenarlo ahora... El nulo interés prestado recientemente a la publicación de "El público", texto de Federico hasta ahora inédito, o el éxito sólo relativo de "Los cuernos de Don Friolera", de Valle, mostrarían las limitaciones de su ascendencia...

Y, ¿cómo situarse ante un autor como Benavente? Nadie niega que "La Malquerida" es un drama escrito con gran sabiduría. Ahora bien, ¿nos importa hoy? Sería ingenuamente simplificador decir rotundamente que no, atendiendo a su carácter de drama privado y a su retórica ruralista. Como lo sería también querer justificar su valor con citas añejas y el recuerdo del Nobel que le dieron a don Jacinto. La obra, simple-

mente, se nos ha quedado —y hablo ahora como "público" y no como "especialista"— descolgada, sin marco de referencia, asfixiada por esa falta de cultura teatral, con todas las implicaciones que al principio nos permitíamos apuntar.

Los actores y la dirección de Enrique Diosdado se ajustan a lo que siempre se ha hecho con la obra, salvo aquella ocasión en que el productor Antonio Redondo, el autor Alfredo Mañas y el director Juan Guerrero Zamora quisieron romper audazmente con la rutina. Pero ni funcionó aquella audacia ni funciona ahora el respeto. Simplemente porque carecemos del discurso vivo que dé a esas decisiones su riesgo y su resonancia.

A falta de esa conciencia crítico-histórica, parece que todo da igual... ■ JOSE MONLEON.

ARTE

Xavier Valls: La pintura sobre todas las cosas

Forme parte de los iniciados. Conozca a Xavier Valls antes de que la moda (que también afecta a los puros, a los que no han querido nunca nada con ella) de la pintura figurativa lo encumbre hasta los lugares que en justicia se merece; descóbralo a tiempo, antes de que sus cuadros alcancen cifras astronómicas (ya se cotizan en más de un millón de pesetas en su actual exposición celebrada en Mallorca (1) y que vayan a parar todos a las colecciones de los multimillonarios americanos o franceses. Yo preferiría que mis cuadros no fueran tan caros, o que se destinaran únicamente a los museos, pero existe un mercado del arte y todavía no hemos descubierto nada para evitarlo.

Valls nació en Barcelona en 1923. Empezó a pintar desde muy joven, y por suerte, en aquellos años tristes de los cuarenta, conoció a Sunyer, a Collet, a Artigas, a Manolo Hugué,

(1) Galería Sa Plaza Freda. Son Servera.